

LECTIO DIVINA FIESTA DEL BAUTISMO DEL SEÑOR

(8 de enero 2024)

MAÑANA, 9 de enero, INICIA EL TIEMPO ORDINARIO.

Is 42,1-4.6-7

Sal 28

Mc 1,7-11

La liturgia de este día celebra el Bautismo de Jesús. Evoca el momento en que Jesús, ungido por el Espíritu Santo y presentado a los hombres como el “Hijo Amado” de Dios, abrazó la misión que el Padre le encomendó: recrear el mundo, dar a luz a un Hombre Nuevo. Y nos propone a todos los que fuimos bautizados en Cristo sacar de este hecho las consecuencias necesarias.

La primera lectura anuncia un misterioso “Siervo”, elegido por Dios y enviado a los hombres para establecer un mundo de justicia y de paz sin fin... Investido del Espíritu de Dios, llevará a cabo esta misión con humildad y sencillez, sin recurrir al poder, imposición, arrogancia, ya que estos esquemas no son los de Dios.

En el Evangelio vemos el cumplimiento de la promesa profética de la primera lectura: Jesús es el Hijo/”Siervo” enviado por el Padre, sobre quien reposa el Espíritu y cuya misión es realizar la liberación de los hombres. Obedeciendo al Padre, se hizo persona, se identificó con las debilidades de los hombres, caminó junto a ellos, para promoverlos y conducirlos a la Vida en plenitud.

Isaías 42,1-4.6-7

Esto dice el Señor:

“Miren a mi siervo, a quien sostengo, a mi elegido, en quien tengo mis complacencias.

En él he puesto mi espíritu para que haga brillar la justicia sobre las naciones.

No gritará, no clamará, no hará oír su voz por las calles; no romperá la caña resquebrajada ni apagará la mecha que aún humea.

Promoverá con firmeza la justicia, no titubeará ni se doblegará hasta haber establecido el derecho sobre la tierra y hasta que las islas escuchen su enseñanza.

Yo, el Señor, fiel a mi designio de salvación, te llamé, te tomé de la mano, te he formado y te he constituido alianza de un pueblo, luz de las naciones, para que abras los ojos de los ciegos, saques a los cautivos de la prisión y de la mazmorra a los que habitan en tinieblas”.

Palabra de Dios.

AMBIENTE

El texto pertenece al “Libro de la Consolación” del Deuteroisaías (cf. Is 40-55). Este profeta anónimo cumplió su misión profética en Babilonia, en la fase final del Exilio (entre 550 y 539 a.C.). Han pasado algunas decenas de años desde que Nabucodonosor destruyó Jerusalén y arrastró al cautiverio a la mayoría de los habitantes de Judá. Los judíos cautivos se desesperan porque el tiempo pasa y la liberación (anunciada por Ezequiel, otro profeta de la época del exilio) nunca vuelve a suceder. ¿Ha olvidado Dios sus promesas?

Deuteroisaías siente que Dios lo envía a decir a sus conciudadanos, exiliados y desanimados, palabras de esperanza. Cumpliendo el mandato de Dios, el profeta habla de la inminencia de la liberación, comparándola con el antiguo éxodo, cuando Dios salvó a su Pueblo de la esclavitud en Egipto (cf. Is 40-48); y les anuncia también la reconstrucción de Jerusalén, la ciudad que la guerra redujo a cenizas, pero a la que Dios devolverá la alegría y la paz sin fin (cf. Is 49-55).

En medio de esta propuesta “consoladora” del Deutero-Isaías, aparecen cuatro textos (cf. Is 42,1-9; 49,1-13; 50,4-11; 52,13-53,12) que escapan a una mucho sobre este tema. Son cantos que hablan de un personaje misterioso y enigmático, a quien los estudiosos de la Biblia designan como el “Siervo de Yahvé”.

¿Será este personaje Jeremías, el profeta que tanto sufrió a causa de la misión? ¿Será el mismo Deutero-Isaías, llamado a dar testimonio de Dios en un escenario tan difícil? ¿Será Ciro, rey de los persas, quien

unos años más tarde liberará a los judíos exiliados y autorizará su regreso a Jerusalén? No lo sabemos con seguridad. Pero este “Siervo de Yahvé” se presenta como un favorito de Yahvé, llamado al servicio de Dios, enviado por Dios a los hombres de todo el mundo. Su misión se cumple a través del sufrimiento y la entrega incondicional a la Palabra. El sufrimiento del profeta, sin embargo, tiene un valor expiatorio y redentor, ya que resulta en el perdón del pecado del Pueblo. Dios aprecia el sacrificio de este “Siervo” y lo recompensará haciéndolo triunfar frente a sus detractores y adversarios.

El texto que hoy nos proponemos forma parte del primer cántico del “Siervo” (cf. Is 42,1-9).

MENSAJE

El texto tiene dos partes; ambos afirman –como si estuviéramos ante dos movimientos concéntricos, que parten del mismo lugar y terminan de la misma manera– la elección del “Siervo” y su misión. Sin embargo, el primero desarrolla más la dimensión de la vocación; el segundo define mejor el tema de la misión.

En la primera parte (v. 1-4), se afirma que el “Siervo” es un “elegido” (“*behir*”) de Dios: es alguien a quien Dios se dignó “elegir” (“*bahar*”) entre muchos, en vista de una función o misión especial (cf. Nm 16,5,7; 17,20; Dt 4,37; 7,6,7; 10,15; 14,2; 18,5; 21,5; 1 Sam 2,28; 10,24; 2 Sam 6,21; 1 Re 3,8; etc.).

Estamos en el contexto de “elección”, es decir, en un contexto en el que Dios, por iniciativa soberana y deliberada de su voluntad, destaca a alguien entre muchos para su servicio.

La “ordenación” del “Siervo” se realiza mediante el don del Espíritu (“*ruah*”), que dará a los “elegidos” el soplo de Yahvé, la capacidad de realizar la misión: es el mismo Espíritu que Dios se derrama sobre los líderes carismáticos de Israel (cf. Jz 33,10; 1 Sam 9,17; 16,12-13). Animado por este Espíritu, el “Siervo” traerá “justicia” (“*mishpat*”) a las naciones”: será una misión de alcance universal, que consistirá en implementar las justas decisiones de los tribunales, base de un orden social. de acuerdo con los esquemas y proyectos de Dios. El establecimiento de este “nuevo orden” no se logrará recurriendo a la fuerza, la violencia o gestos espectaculares; pero resultará de una intervención caracterizada por la bondad, la mansedumbre, la sencillez, que son los signos que identifican el estilo de Dios. Sobre todo, el “Siervo” actuará con humildad, sin imponer nada y sin desanimarse ante las dificultades de la misión.

La segunda parte (versículos 6-7) comienza con la confirmación de que el “Siervo” fue elegido por Dios mismo para establecer la “justicia” (“*tzedeq*”) – la palabra se refiere a un orden social recto, que está de acuerdo con las instrucciones de Dios). El “Siervo”, actuando en el ejercicio de la misión que Dios le encomendó, será luz que alumbrará entre las naciones; y todos los que son víctimas de la injusticia, la explotación o la violencia conocerán una nueva esperanza, cuando el “Siervo” abrirá los ojos de los ciegos, sacará de la cárcel a los presos y de la cárcel a los que habitan en la oscuridad. Su misión es, por tanto, una misión de liberación y salvación.

La misteriosa y enigmática figura del “Siervo” de la que habla el Deuterolisaías presenta evidentes puntos de contacto con la figura de Jesús... De hecho, los primeros cristianos –ante la dificultad de explicar cómo el Mesías había sido condenado por los hombres y clavado– a la cruz- utilizará los cánticos del “Siervo” para justificar el sufrimiento y el aparente fracaso humano de Jesús: Él es este “elegido de Dios”, que recibió la plenitud del Espíritu, que vino al encuentro de los hombres con la misión de traer justicia y paz definitivas, que sufrió y murió para ser fiel a esta misión que el Padre le encomendó.

ACTUALIZACION

- La historia del “Siervo de Yahvé”, que recibió la plenitud del Espíritu para ser “luz de las naciones”, para abrir “los ojos de los ciegos”, para sacar “de la cárcel a los presos” y “de la prisión a los que habitan en las tinieblas”, nos recuerda, desde luego, que Dios actúa a través de “profetas” a quienes confía la transformación del mundo y la liberación de los hombres. El día de nuestro bautismo recibimos también el Espíritu que nos equipó para una misión similar a la de este “Siervo”. ¿Soy consciente de que cada bautizado es un instrumento de Dios en la renovación y transformación del mundo? ¿Estoy dispuesto a responder al llamado de Dios y asumir mi responsabilidad profética? Los pobres, los oprimidos, los que “yacen en tinieblas y en sombra de muerte”, los que no tienen ni era ni

filo, ni voz ni oportunidad, ni invitación a sentarse a la mesa de la humanidad, pueden contar con mi solidaridad activa, ¿Con mi ayuda fraterna, con mi abrazo, con mi compartir generoso?

- La misión profética sólo tiene sentido a la luz de Dios: es siempre Él quien toma la iniciativa, quien elige, quien llama, quien envía y quien nos capacita para la misión... Lo que hacemos, por válido que sea, no es obra nuestra, pero sí de Dios; nuestro éxito en la misión no resulta de nuestras cualidades, sino de la iniciativa de Dios que actúa en nosotros y a través de nosotros. Somos simplemente colaboradores de Dios, “humildes trabajadores en la viña del Señor”. Es siempre Dios quien proyecta y actúa, a través de nuestra fragilidad, para ofrecer Vida y salvación al mundo. Olvidar esto puede llevarnos a la arrogancia, la autosuficiencia, la vanidad y la vanidad; y, siempre que esto sucede, nuestra intervención en el mundo acaba distorsionando el proyecto de Dios.
- Prestemos atención también a la forma en que actúa el “Siervo”: no se impone por la fuerza, la violencia, el dinero o amigos poderosos; pero actúa con dulzura, con mansedumbre, con humildad, con respeto a la libertad de los hermanos a quienes es enviado... ¿Es esta lógica –la lógica de Dios– que utilizo en el desempeño de la misión profética que Dios me ha confiado? ¿a mí?

Salmo 28

R. Te alabamos, Señor.

Hijos de Dios, glorifiquen al Señor,
denle la gloria que merece.

Postrados en su templo santo,
alabemos al Señor. **R.**

R. Te alabamos, Señor.

La voz del Señor se deja oír
sobre las aguas torrenciales.

La voz del Señor es poderosa,
la voz del Señor es imponente. **R.**

R. Te alabamos, Señor.

El Dios de majestad hizo sonar
el trueno de su voz.

El Señor se manifestó sobre las aguas
desde su trono eterno. **R.**

R. Te alabamos, Señor.

Marcos 1,7-11

En aquel tiempo, Juan predicaba diciendo: “Ya viene detrás de mí uno que es más poderoso que yo, uno ante quien no merezco ni siquiera inclinarme para desatarle la correa de sus sandalias. Yo los he bautizado a ustedes con agua, pero él los bautizará con el Espíritu Santo”.

Por esos días, vino Jesús desde Nazaret de Galilea y fue bautizado por Juan en el Jordán. Al salir Jesús del agua, vio que los cielos se rasgaban y que el Espíritu, en figura de paloma, descendía sobre él. Se oyó entonces una voz del cielo que decía: “Tú eres mi Hijo amado; yo tengo en ti mis complacencias”.

Palabra del Señor.

AMBIENTE

El evangelio hace referencia al encuentro entre Jesús y Juan Bautista, a orillas del río Jordán. En estas circunstancias, Jesús fue bautizado por Juan.

Juan fue el guía carismático de un movimiento popular que anunciaba la proximidad del “juicio de Dios”. A finales del año 27 o principios del año 28 después de Cristo, su voz comenzó a oírse a los lados del desierto de Judá, a orillas del río Jordán, en un lugar que la tradición identifica con el actual Qasr El Yahud, a unos 10 kilómetros del Mar Muerto. El mensaje propuesto por Juan se centraba en la urgencia de la conversión (ya que, en opinión de Juan, la intervención definitiva de Dios en la historia para destruir el mal era inminente) e incluía un rito de purificación por agua.

El judaísmo conoció diferentes ritos de inmersión en agua, siempre vinculados a contextos de purificación o cambio de vida. Incluso fue un ritual utilizado para integrar a los “prosélitos” (paganos adheridos al judaísmo) a la comunidad del Pueblo de Dios. La inmersión en agua sugería una ruptura con la vida pasada y el surgimiento a una nueva vida, un nuevo nacimiento, un nuevo comienzo. Respecto al Bautismo propuesto por Juan, probablemente estemos ante un rito de iniciación a la comunidad mesiánica: quien aceptaba este “bautismo”, renunciaba al pecado, se convertía a una nueva vida y pasaba a formar parte de la comunidad que esperaba al Mesías.

El texto que hoy se nos propone forma parte de un tríptico (cf. Mc 1,2-8; 1,9-11; 1,12-13) donde Marcos define, ya al comienzo de su Evangelio, la identidad y la misión específicas a Jesús: Él es el Mesías, el Hijo de Dios enviado al mundo para ofrecer la salvación de Dios a los hombres. Marcos, en los siguientes capítulos, desarrollará estas coordenadas.

También Cristo, en su humano caminar, ha debido tomar gradualmente conciencia de su propia identidad y del papel confiado por el Padre dentro de la historia humana. El acontecimiento del bautismo en el Jordán indica esta toma de conciencia y proyecta a Jesús más allá de los confines de la propia tierra, la Galilea, a una misión de confines universales y en una dimensión de compartir la condición humana hasta lo unimaginable para él y sus profetas: es Dios mismo el que “desciende” junto al hombre, aún conociendo sus debilidades, para hacerlo “subir” hacia el Padre y darle acceso a la comunión con El. La “complacencia” del Padre que Jesús recibe en el Espíritu Santo lo acompañará siempre en el caminar terreno, haciéndolo constantemente consciente del amor gozoso de Aquel que lo ha enviado al mundo.

MENSAJE

El relato de Marcos está claramente dividido en dos partes. El primero se centra en la figura de Juan Bautista; el segundo sobre la figura de Jesús.

En la primera parte del texto (v. 7-8), Juan Bautista aparece para dar testimonio de “*Aquel que llegará después*”. Quienes escuchan a Juan no identifican inmediatamente de quién está hablando; pero se dan cuenta de que será alguien muy importante, para cuya llegada hay que estar preparados. Juan explicará también que esta preparación implicará una conversión, un cambio de vida (cf. Mc 1,4). Juan revela además que “*el que viene*” será “*más fuerte que yo, ante el cual no soy digno de inclinarme para desatar las correas de sus sandalias*”; y debe bautizar “en el Espíritu Santo”. Quizás las palabras de Juan suenen crípticas; pero apuntan claramente en una dirección: la fuerza y la unción del Espíritu están asociadas al Mesías que Israel esperaba (cf. Is 9,5-6; 11,2). Por tanto, el testimonio de Juan no ofrece ninguna duda: está a punto de llegar el Mesías anunciado por los profetas, el enviado de Dios que liberará a Israel.

En la segunda parte del relato, Jesús entra en escena (Mc 1,9-11). Es la culminación de la historia. Los lectores de Marcos se dan cuenta inmediatamente de que Jesús es aquel cuya llegada anunció Juan. Curiosamente, el Mesías viene de Nazaret, una ciudad insignificante perdida en las montañas de Galilea, que hasta ese momento nunca había desempeñado ningún papel en la historia de la salvación. Los caminos y la lógica de Dios son extraños. Otra cosa extraña: este Mesías cuyas sandalias Juan no es digno de desatar, es bautizado por Juan en las aguas del río Jordán. ¿Por qué Jesús necesitaba este bautismo purificador, que significó conversión y purificación del pecado? ¿Por sus pecados? Es claro que no. Pero, al entrar en el agua junto con todos los que pidieron el bautismo de Juan, Jesús se pone del lado del pueblo pecador y afirma su solidaridad –la solidaridad de Dios– con todos los hombres y mujeres a los que el pecado involucra y marca. Jesús vino para estar al lado del hombre pecador, para tenderle una mano, para ayudarlo a salir de su triste situación y alcanzar una Vida nueva. ¡Este gesto de solidaridad de Dios con la humanidad pecadora es tan grande, tan hermoso y tan conmovedor!

Marcos luego pasa a describir la escena del Bautismo de Jesús... En esta descripción hay tres elementos que, por lo que evocan, es importante considerar...

La primera es la apertura del cielo. La imagen probablemente esté inspirada en Is 63,19, donde el profeta pide a Dios que “*desgarre los cielos*” y baje al encuentro de su pueblo, rehaciendo la relación que el pecado del Pueblo había interrumpido. El envío de Jesús al mundo muestra la respuesta favorable

de Dios a esta petición. La presencia de Jesús en la historia de los hombres relanza la historia de la comunión entre Dios y la humanidad pecadora.

El segundo elemento es el descenso del Espíritu, como una paloma, sobre Jesús. Este Espíritu que desciende sobre Jesús es el soplo de vida de Dios que crea, renueva, transforma y sana a los seres vivos. Nos lleva al Espíritu de Dios que, en el momento de la creación, “*aleteó sobre la superficie de las aguas*” (Gén 1,2). Ungido con la fuerza del Espíritu, Jesús recreará el mundo y dará a luz a una nueva humanidad.

También tenemos un **tercer elemento: la voz del cielo que resuena cuando Jesús sale del agua.** Los rabinos solían utilizar la “voz del cielo” como una forma de expresar la opinión de Dios sobre una persona o un evento. Ahora, “la voz” que se escucha a orillas del río Jordán declara solemnemente que Jesús es el Hijo de Dios; y lo hace con una fórmula extraída de aquel cántico del “Siervo de Yahvé” de la primera lectura de hoy (cf. Is 42,1). Sí, Jesús es el elegido de Dios, el Hijo en quien el Padre “*puso todas sus complacencias*”, enviado al encuentro de los hombres para recrear la humanidad; pero la misión de Jesús, como la del Siervo de Yahvé, no se desarrollará en triunfalismo, sino en total obediencia al Padre; no se hará con poder y arrogancia, sino con mansedumbre, con sencillez, con respeto a los hombres (“no gritará, ni alzará la voz; no quebrará la caña partida, ni apagará el humo que aún humea” – Is 42,2-3). Después de este momento, la cosa está bien definida. Jesús, ungido por el Espíritu, saldrá al encuentro del mundo para cumplir la misión que el Padre le encomendó.

LA PALABRA QUE SE NOS HA DADO

- **El bautismo:** los ritos de purificación mediante baños o abluciones eran frecuentemente usados en el hebraísmo de la época de Jesús (cfr Mc 7, 1-4), también entre los esenios del Qumran, como práctica cotidiana. La palabra bautismo indica un baño, una inmersión completa en el agua, y deriva del verbo baptizare, poco usado en el Antiguo Testamento griego a causa de la forma negativa de su significado: sumergir, hundir, aniquilar (anegando o hundiendo en el agua). Esta acepción negativa solo falta en 2Re 5, 14: la curación de Naamán, obtenida por una serie de baños en el Jordán practicados por orden de Eliseo. De aquí deriva el uso positivo en las épocas siguientes.

- **El bautismo de Juan:** caracteriza toda su actividad (de modo que llega a ser su nombre: cfr Mc 1,4) y vuelve a tomar las prácticas existentes, introduciendo algunas novedades. Juan hace su trabajo en un lugar impreciso a lo largo del Jordán y confiere el bautismo en el agua corriente del río, no en locales a propósito y en aguas preparadas para el rito. La conversión y la penitencia pedidas por él (Mc 1,4) miran más al plano moral que al ritual (cfr Lc 3,8) y el rito indicado de tal cambio existencial (baño y confesión de los pecados) sucedía una sola vez en la vida. Además, Juan dice claramente que su bautismo es sólo preparación de un suceso purificador más radical y directamente conectado al juicio final de Dios: el “bautismo en el espíritu” y en “el fuego” (cfr Mc 1, 7-8; Mt 11-12). El pueblo de la Judea y de Jerusalén acoge ampliamente la predicación de Juan, en tal forma que fueron gran número los que se acercaban a él para obtener el bautismo (Mc 1, 5) como incluso narra Flavio Josefo: es la realización evidente de la palabra profética citada por Mc 1, 2-3.

- **Jesús y Juan en el Jordán:** Juan sabe muy bien que no es el Mesías y de que es muy inferior a él en dignidad, aun siendo llamado a prepararle la venida, ya inminente (Mc 1,7-8). Todos los evangelios refieren este conocimiento, subrayada aquí por el uso del verbo en pretérito para el propio bautismo y en futuro para el bautismo del Mesías. Esto refleja la preocupación (típica de las primeras comunidades cristianas) de mostrar la superioridad del bautismo cristiano al bautismo de Juan, al mismo tiempo que la preeminencia de Jesús el Cristo sobre Juan el Bautista (cfr Mt 3, 14; Jn 1,26,34). Marcos sintetiza al máximo la predicación de Juan; en particular, omite lo que se refiere al divino juicio final (cfr Mc 1, 7; Mt 3, 10-12), con el fin de poner en mayor relieve la predicación de Jesús.

- **El bautismo en el Espíritu:** es el bautismo escatológico ya prometido por los profetas (cfr Jn 3, 1-5), ligado al fuego del juicio y también bajo forma de aspersión (cfr Ez 36. 25). Jesús lo recibe inmediatamente después y su bautismo será origen y modelo del bautismo de los cristianos. Por tanto, la comunidad cristiana se funda sobre el don del Espíritu Santo.

• **Jesús viene de Nazaret:** Jesús sobresale en medio de la gran muchedumbre de penitentes judíos (cfr Mc 1,5), porque proviene de una zona a la cual no había llegado nada más que los ecos de la predicación penitencial del Bautista, la Galilea (Mc 1,9). Este es un lugar importante para Marcos: Jesús inicia allí su actividad y allí es bien acogido; después de la Pascua, es allí donde los discípulos se reunirán (16,7) y lo entenderán plenamente y es desde allí de donde saldrán para la misión (16,20). A la luz de lo que dirá después la voz celestial, Jesús no es sólo "más fuerte" que Juan, sino que tiene una naturaleza muy superior a él. Y sin embargo él ha descendido entre aquéllos que se reconocen pecadores, sin tener ninguna disminución de la propia dignidad (cfr Fil 2, 6-7): es "la luz que brilla en las tinieblas" (cfr Jn 1,5). El segundo evangelio no trae los motivos por los cuales Jesús va a recibir el bautismo de penitencia, aunque el acontecimiento es uno de los más esperados históricamente entre los narrados en los evangelios: al evangelista le interesa primariamente la revelación divina que sigue al bautismo de Jesús.

• **Vio que los cielos se rasgaban:** no es una especie de revelación reservada a Jesús. Los cielos, literalmente, "se rasgan" oyendo la invocación de Isaías: "*Si tú rasgaras los cielos y descendieras*" (Is 63, 19b). Se abre así una fase del todo nueva en la comunicación entre Dios y los hombres, después de un tiempo de separación: esta nueva relación se confirma y llega a ser definitiva con la muerte redentora de Cristo, en cuyo momento "se rasgó" el velo del Templo (cfr Mc 15,38) como si una mano del cielo la hubiese golpeado. Por lo demás, la Pascua de muerte y resurrección es el "bautismo deseado" de Jesús. (cfr Lc 12,50).

• **El Espíritu descendió sobre él:** Jesús sale del agua del río e inmediatamente después, abiertos los cielos, "desciende" el Espíritu y se posa sobre él. Entre tanto se ha acabado ya el tiempo de la espera del Espíritu y se reabre el camino directo que une a Dios con los hombres. Marcos muestra plásticamente que es Jesús el único poseedor del Espíritu que lo consagra Mesías, lo vuelve plenamente consciente de ser el Dios-Hijo, lo habilita y sostiene en la misión querida por el Padre. El Espíritu, según Marcos, aparece sobre Jesús en figura de una paloma. Esta, ya en la narración referente a Noé, está puesta en relación a las aguas y a la obra de Dios en el mundo (cfr Gn 8,8-12). En otro lugar, la paloma se utiliza como reclamo a la fidelidad y por tanto a la estabilidad del don, por su constancia en retornar al lugar del que sale (cfr. Ct 2,14; Jn 1, 33-34); el Espíritu se posa establemente sobre Jesús y se posesiona de él. En esta frase de Marcos podemos también leer de rebote el "aletear del espíritu de Dios sobre las aguas" de la creación (Gn 1,2); con Jesús comienza verdaderamente una "nueva creación" (cfr Mt 19,38; 2Cr 5,17; Gal 6,15).

• **Una voz que venía de los cielos:** con la llegada de Jesús se ha restablecido la comunicación entre Dios y el hombre. Aquí no se trata de la que los rabinos llamaban "hija de la voz", substitución incompleta de la palabra profética, sino de una comunicación directa entre el Padre y el Hijo.

• **Vino ...se vio descender...se oyó:** admiramos la condescendencia de la Trinidad que "se abaja" hacia los hombres: descende al Jordán en Jesús para recibir el bautismo como tantos pecadores, descende sobre Jesús en el Espíritu por la autoconciencia y la misión y descende en la voz del Padre para confirmar la filiación.

• **"Tú eres mi Hijo amado, en ti me complazco":** varios pasajes del Antiguo Testamento pueden ser evocados por Marcos, para subrayar al menos con la alusión la importancia y los diversos valores de las palabras celestes. Ante todo, se evoca a Isaías 42, 1: "*He aquí mi siervo, a quien sostengo yo; mi elegido, en quien me complazco. He puesto mi espíritu sobre él; el dará el derecho a las naciones*"; es Jhwh que presenta a su fiel siervo. Aquí, sin embargo, no se usa el título de "siervo", aunque sí el de "hijo" entrelazando el texto profético con un salmo de investidura real y mesiánica: "*El me ha dicho: Tú eres mi Hijo, hoy yo te he engendrado*" (Sal 2, 7). El evangelista (a la par de los otros sinópticos) deja asomar así cual sea su identidad humana-divina y la misión de Jesús.

• **"Mi Hijo el predilecto":** A la luz de la fe pascual, Marcos no podía ciertamente entender esta revelación como la adopción del hombre Jesús por parte de Dios. La voz del cielo es una confirmación de una especial relación entre Jesús y el Padre. El título de Hijo de Dios es atribuido a Jesús ya en el primer versículo de Marcos y después al término de la pasión, en la declaración del centurión: "*Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios*" (Mc 1, 1; 15,39), pero aparece frecuentemente en varias formas (cfr 3,11; 5,7; 9,7; 14,61). Para Marcos, el título de "**Hijo de Dios**" es particularmente relevante para la comprensión de la persona de Jesús y para la plena profesión de la fe, y de tal manera importante, que se

convierte después en un nombre atribuido a Jesús por los Cristianos, con el cual ellos tratan de proclamar los elementos esenciales de la propia fe en Él. (cfr Rm 1,4); el mesías rey, el salvador escatológico, el hombre con una especial relación con la esfera divina, el resucitado de entre los muertos, la segunda persona de la Trinidad. El hecho de que la voz del cielo lo proclame "el predilecto", "amadísimo" (como se repetirá en la Transfiguración: 9,7; cfr también 12,6) pone de relieve la relación del todo singular del Padre con Jesús, tan especial, que oscurece todas las demás relaciones de los hombres con Dios, por más privilegiadas que sean. También Isaac, como Jesús es el hijo "único y predilecto" (cfr Gn 22,2) y a quien no se le ahorra la angustia de la muerte violenta (cfr Heb 5,7).

• **"En ti me complazco":** estas palabras subrayan la elección mesiánica de Jesús, fruto de una benevolencia del Padre que muestra así su absoluta preferencia hacia el Hijo en el que haya gozo y satisfacción (cfr Is 42,1) mientras, obediente, comienza su misión para llevar los hombres al Padre (cfr Mc 1,38).

ACTUALIZACION

- El episodio del bautismo de Jesús nos pone cara a cara con un Dios que aceptó identificarse con el hombre, compartir su humanidad y su fragilidad, para ofrecerle un camino de libertad y de vida plena. ¿Yo, hijo de este Dios, acepto ir al encuentro de mis hermanos más desfavorecidos y tenderles una mano? ¿Comparto el destino de los pobres, de los que sufren, de los agraviados, sufro su dolor en mi alma, acepto identificarme con ellos y participar de su sufrimiento, para ayudarlos mejor a alcanzar la libertad y una vida plena? ¿No tengo miedo de ensuciarme junto a los pecadores, a los marginados, si eso ayuda a promoverlos y darles más dignidad y más esperanza?
- Jesús, el Hijo amado de Dios, vino al encuentro de los hombres, se compadeció de sus dolores y limitaciones y derribó el muro que nos separaba de Dios. Cuando fue bautizado en el río Jordán, fue ungido por el Espíritu de Dios y abrazó, sin dudar, la misión que el Padre le encomendó: proponer y construir el Reino de Dios. Todos los que fuimos bautizados en Cristo recibimos el mismo Espíritu de Dios que Él recibió y entró en la comunidad del Reino. El día de nuestro bautismo recibimos la misión de colaborar con Jesús en la construcción de un mundo más fraterno y más humano. ¿Hemos sido fieles a esta misión? ¿Es nuestro compromiso bautismal una realidad que buscamos renovar a cada paso, o es letra muerta que no afecta nuestra forma de vivir? ¿Estamos bautizados "por firma" (porque nuestro nombre aparece en cualquier libro de registro de bautismo), o somos verdaderamente cristianos, que buscamos seguir a Jesús en cada paso del camino y colaborar con Él para sanar al mundo de sus heridas?
- Jesús siempre tomó muy en serio aquella declaración de Dios que se escuchó junto al río Jordán: *"Tú eres mi Hijo amado, en ti tengo complacencia"*. Este amor que el Padre le dedicó siempre apoyó las opciones de Jesús e iluminó siempre el camino que recorría (incluso cuando en el horizonte estaba la cruz, el abandono de los amigos, el aparente fracaso de la misión). Sostenido por el amor de Dios, Jesús asumió incondicionalmente el proyecto del Padre de dar vida a la humanidad. Obedeció a su Padre en todo, sin desgana de ningún tipo. ¿Es esta la misma actitud de obediencia radical, de entrega incondicional, de confianza absoluta que yo –el hijo amado de Dios– asumo en mi relación con el Padre? ¿Es el proyecto de Dios, para mí, más importante que mis proyectos personales o los desafíos que me lanza el mundo? Como Jesús, ¿confío plenamente en el Padre, en sus propuestas, en sus cuidados, en su amor?
- Después de ser bautizado y ungido por el Espíritu, Jesús no se conformó con una creencia religiosa a medias ni con servicios mínimos. Animado por la fuerza del Espíritu, partió hacia Galilea para anunciar el Reino de Dios y testimoniar – con palabras y gestos – el proyecto liberador del Padre. ¿Es así – coherente, comprometido, apasionado – que intento vivir la misión que Dios me confió el día que fui bautizado? ¿Pueden mis hermanos maltratados por la vida y por los hombres contar con mi compromiso de llevarles la caricia del Dios que sana y da Vida?